



¿HEREDARÁS EL VIENTO?: LIDERAZGOS FUNDACIONALES Y CAMBIO GENERACIONAL EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO A TREINTA AÑOS DE 1983

GABRIELA RODRÍGUEZ*

I. Hacia un análisis del proceso político argentino post 1983: dos momentos de una misma historia

Si hay algo que caracteriza al proceso político inaugurado en 1983 es la oscilación pendular entre la esperanza y el desencanto con la política democrática. Cuando Raúl Ricardo Alfonsín (1983-1989) asumió el gobierno, tras ocho años de una dictadura militar que usó el terror y la represión como instrumentos privilegiados para disciplinar política y económicamente a la sociedad, se abrió un nuevo horizonte de sentido y expectativas. Por un lado, la democracia, un término entre ignorado y estigmatizado por su “tufillo” burgués en los años 1960 y 1970, pasó a ser, en palabras de Juan Carlos Portantiero (Lesgart, 2002: 68), “una especie de límite que permite deslindar la vida de la muerte”. Ya a fines de la década de 1970 se había producido una mutación de sentido en el campo intelectual, que permitió que un conjunto de sociólogos, juristas, politólogos y filósofos políticos, algunos de ellos provenientes de la izquierda cultural y de la militancia política revolucionaria, modificaran sus representaciones sobre la democracia. Para ellos, la transición dejó de ser el pasaje entre dos modos de acumulación, y pasó a identificarse más bien con el cambio de un gobierno autoritario a un régimen político que respetara los principios básicos del Estado de Derecho y cumpliera con los procedimientos formales para que gobernantes y representantes fueran elegidos por sus representados. Por supuesto, esta innovación conceptual no fue ajena a los cambios en el campo político, y sin duda Alfonsín²⁰ fue el líder político que mejor interpretó qué representaciones había que reactivar y qué expectativas había que motivar para triunfar en las elecciones con el 53% de los votos y producir una reconfiguración del espacio político que afectó las identidades de propios y ajenos.

Pero además de este cambio de sentido acerca de la democracia y la transición, la elección por primera vez en cincuenta años de un presidente proveniente del partido radical sin la proscripción del peronismo instaló, aunque por breve tiempo, una dinámica bipartidista de competencia electoral que hizo posible el triunfo relativo de la institucionalidad partidaria por sobre los poderes indirectos²¹. Sin embargo, aun debilitados por el “regreso de la política”, estos últimos no perdieron su poder de veto. Y, aunque en algunos casos se logró una sinergia poco habitual en la historia

* Universidad de Buenos Aires-CONICET

²⁰ Si bien es cierto que lo que distinguió a la Junta Coordinadora Nacional como juventud política en el período 1968-1976 fue su reivindicación de la democracia política y los valores del Estado de Derecho, también en ella impactó el clima de época, ya que su manifiesto más emblemático del período lleva por título “La Contradicción Fundamental”. Este texto se estructura en la oposición entre el pueblo y los antipatrias, reivindicado el legado popular del radicalismo y su histórica lucha desde el yrigoyenismo contra las clases dominantes que aceptaban la subordinación del país a las potencias imperialistas. Para más detalles: ver infra. y Fernández (2010).

²¹ Nos referimos aquellos poderes que inciden en la política no a través de la arena electoral o el ejercicio del poder político sino por otras vías e influyen en la toma de decisión. Este concepto fue desarrollado por Carl Schmitt (2002), quien se inspira en el análisis que hace Hobbes de los grupos religiosos en la Inglaterra del siglo XVIII y lo aplica al poder de los sindicatos, empresas y otras corporaciones en el siglo XX.



argentina del siglo XX entre la política (entendida como la participación en el espacio público y la representación) y las políticas públicas que caracterizan la gestión de un gobierno, de a poco, la democracia y las élites políticas empezaron a acumular promesas incumplidas. Y la ciudadanía empezó preguntarse si un régimen político democrático bastaba para que la sociedad argentina desarrollara todo su potencial.

Pocos años después, el entusiasmo democrático inicial fue eclipsado por las dificultades económicas y los problemas de gobernabilidad. Mientras se extinguía la promesa alfonsinista de la Segunda República²², la asunción de un presidente proveniente del Partido Justicialista (PJ), el ex gobernador riojano Carlos Saúl Menem (1989-1999) hizo pensar que, a pesar de la inestabilidad económica, la transición democrática había terminado y el régimen político se había consolidado²³. Si en los 1980 la democracia fue el mito fundacional de un proceso político, un gobierno y un liderazgo, en los 1990 la estabilidad económica fue la divisa con que se legitimó socialmente la política y las políticas neoliberales del menemismo (Grimson, 2003:151-2). Aunque tal vez con menos mística que en otros momentos, también entonces se reactivaron esperanzas fundacionales en la idea de dejar atrás la hiperinflación, que tanto había marcado el imaginario social argentino desde el “Rodrigazo” (1975).

Los efectos de este mito legitimador fueron tales que, cuando la ALIANZA -coalición política conformada por la Unión Cívica Radical (UCR), un tercer partido surgido en esa década (el Frente Grande) y otras fuerzas políticas más o menos tradicionales- se impuso en las elecciones parlamentarias de 1997 y presidenciales de 1999, planteó la conservación de la convertibilidad entre el peso y el dólar como una garantía de continuidad institucional y seguridad jurídica. Sin embargo, las mutaciones locales y globales en las formas de representación política, la aparición de nuevos actores políticos y el cambio de las estrategias de otros no tan nuevos, las modificaciones del espacio público y el deterioro creciente de las condiciones económicas y sociales del país, fueron deslegitimando las políticas, la política y los políticos. No hubo, a pesar de todo un cambio de régimen político. Es más, es posible afirmar que tras el activismo militante de la democracia gobernante durante la crisis del 2001, el gobierno representativo recuperó su centralidad en el proceso político, con menores cambios que los esperados en su elenco de representantes.

A partir del 2002, el clima de desconfianza hacia todo aquello que se identificara con la política de los políticos fue reemplazado, más por necesidad que por virtud, por la creencia de que un nuevo comienzo era posible. El Estado, desplazado de los discursos y de las políticas por convicción, pero también por ineficiencia de gestión, recuperó sus primeros bríos en la etapa de transición del gobierno de Eduardo Duhalde, pero desarrolló todo su potencial mítico casi en un sentido leviatánico durante las presidencias de Néstor Kichner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (desde 2007). Con ellos volvió la política y el reforzamiento paulatino de la autoridad presidencial como fuente de legitimidad del gobierno. A lo largo de este período se combinaron políticas inesperadamente esperadas con una administración relativamente tradicional de los recursos del juego político y un paradigma de gestión que, aun con aciertos en el manejo macroeconómico, en las

²² La primera república alude la experiencia política que empieza con la constitución de 1853 cuya democratización quedó inconclusa en el siglo XX con los gobiernos populares radicales y peronistas. Esta república se transformó en inestable por las intervenciones militares en el poder político a partir de 1930. El alfonsinismo reivindicaba el regreso de la república perdida pero en clave democrática, liberal y también popular.

²³ En el marco de la teoría de las transiciones, éstas culminan, al menos en un sentido formal, cuando cambia el color partidario del primer gobierno que asumió al terminar el autoritarismo y empieza la consolidación del régimen democrático.



políticas sociales y en la regulación del conflicto laboral, no fue del todo innovador. Y con la política regresó también la revalorización del discurso político y la búsqueda -primero por parte del presidente Kirchner y luego de su esposa y sucesora, pero también por los intelectuales que se sintieron identificados con este proyecto político- de sintagmas que representaran las renovadas esperanzas políticas. Fue el caso de términos como “Derechos Humanos”, “pluralidad”, “multilateralismo”, “patria grande”, “modelo”, “antagonismo”, “nacional y popular”, “anomalía novedosa”, o “gramática democrática”, entre otros (Rodríguez y Morales, 2013).

Como parte de ese movimiento, también volvió la política visibilizada y movilizada por el activismo de cierta militancia juvenil que, aun sociabilizada en el desencanto y en la crisis del 2001 que pronosticaba el fin de la política de los políticos, encontró en actores de la “vieja política” el liderazgo que encarnó el cambio (Natanson, 2012:123). En ese sentido, se puede decir que en esta refundación democrática hubo también, aunque algunos relatos relativicen su importancia por su nostalgia setentista, una reactivación del sueño alfonsinista de la Segunda República, entendida en su doble dimensión de la reivindicación de derechos e instituciones de raigambre liberal así como del gobierno popular y del civismo activo.

Por ello puede afirmarse que existe entre el alfonsinismo y el kirchnerismo un parecido de familia que no logran opacar la pertenencia a tradiciones partidarias diferentes, las imputaciones mutuas de fracaso o impostura, los diferentes desempeños electorales y gubernamentales, el mayor o menor compromiso con la institucionalización partidaria o la distinta concepción del legado de los años 1970 en la política contemporánea. Ciertamente, esta semejanza remite a una cultura política común que se asocia a los liderazgos populares arraigados en la consciencia histórica del radicalismo y el peronismo, y también a cierta afinidad intermitente con el progresismo. Pero esta afinidad también se expresa en el plano de las políticas que, como se plantea en otros de los trabajos que componen este dossier, dan cuenta de una continuidad en el proceso democrático iniciado en 1983. Esta relativa persistencia en el cambio existe, a pesar de que la propensión al final abrupto de los ciclos políticos argentinos haga más visibles las rupturas o discontinuidades.

Desde la reivindicación de los Derechos Humanos o la ampliación de los Derechos civiles hasta la concepción del Estado como regulador de los poderes indirectos predominantes en la sociedad, pasando por una concepción latinoamericanista de la integración regional, se encuentran ejemplos de políticas públicas que, en uno y otro caso, justifican y se justifican dentro de una concepción singular de la política. Por ello, dado que tanto el alfonsinismo como el kirchnerismo tienen como emblema de sus relatos fundacionales el regreso de la política, sus problemas en la implementación de las políticas públicas y el ordenamiento del juego político electoral afectan el fundamento primero de sus legitimidades. Desde nuestro punto de vista, estos dos momentos que denominamos “alfonsinismo” y “kirchnerismo” sintetizan de manera metonímica el proceso político argentino post-dictatorial. Este último, a pesar de las apelaciones a antagonismos de antaño o del intermitente respeto de los valores e instituciones comúnmente asociados con el republicanismo moderno, es un híbrido que está más próximo a la democracia liberal que a los populismos históricos (Aboy Carlés, 2010: 81).

En este contexto, este trabajo se aproxima a un problema político recurrente desde 1983, pero que adquiere centralidad en estos dos momentos priorizados: la rutinización del carisma fundacional. Para comprender este fenómeno, hay que abordarlo en la dimensión relacional que vincula los estilos de los liderazgos presidenciales (en este caso, de Alfonsín y de los Kirchner) con las características de quienes son presentados y se auto-representan como sus herederos. En ese marco, se realizará una comparación preliminar entre La Junta Coordinadora Nacional (“La Coordinadora”) y La Cámpora



para analizar cómo estas sociabilidades juveniles impactan en los modos de proyectar el legado político del alfonsinismo y del kirchnerismo, tanto en la dimensión identitaria como en la gestión gubernamental. A partir allí, se proponen algunas claves interpretativas para comprender el derrotero político argentino desde 1983 en adelante, con sus desencantos y potencialidades.

Antes de concluir esta introducción, resulta importante precisar de qué manera se entiende y se emplea en este artículo la noción de “proceso político”. Por un lado, nuestra conceptualización del proceso político no separa la dimensión institucional y de la práctica política, del plano conceptual o de las representaciones. En tal sentido, en nuestra comprensión de la dinámica del campo político intervienen las representaciones que las élites políticas (en este caso los presidentes y sus jóvenes seguidores) tienen del espacio político porque ellas inciden no sólo en la gobernabilidad del proceso político sino también en la legitimidad de la política democrática. Por el otro, el estudio de las sociabilidades generacionales resulta significativo, tanto para vincular dimensiones relacionales, institucionales y simbólicas de la acción política como para visibilizar el impacto de la temporalidad en el cambio político.

II. Alfonsinismo y kirchnerismo: perfiles de liderazgos y estrategias de administración de la sucesión

La relación entre liderazgo, representación e institucionalidad es uno de los problemas políticos centrales de las democracias contemporáneas. Aunque esta problemática ya está presente en la tradición republicana clásica, antigua y moderna, se transforma en un cuestión clave en la época de la democracia liberal. Pero la situación se complejiza aún más a fines del siglo XX y a principios del XXI, cuando se produce en forma paralela a la crisis o metamorfosis de la representación política, hasta entonces casi monopolizada por los partidos, el desarrollo de nuevos canales para la socialización y difusión de la política y el discurso político. Todo ello contribuyó a la amplificación de un fenómeno que se ha dado en llamar “personalización de la política”. Este clima de época se manifiesta en la política argentina posterior al retorno de la democracia en 1983 con matices específicos propios de nuestra cultura política y de las condiciones periféricas de nuestro desarrollo político, social y económico.

Para contextualizar y conceptualizar algunas particularidades de los liderazgos políticos de Raúl Alfonsín, Néstor Carlos Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner vale la pena detenerse en tres tipos de liderazgo político generalmente asociados a las figuras presidenciales o sus sucedáneos en los regímenes parlamentarios²⁴, los cuales dan cuenta de la tensión entre carisma e institución. Se trata de las concepciones de Max Weber, Carl Schmitt y Sergio Fabbrini que, aunque pensadas para diferentes momentos históricos y geográficos y enmarcadas en cosmovisiones políticas no siempre homologables²⁵, comparten una preocupación común: aportar una herramienta heurística para comprender el tiempo político del cual eran contemporáneos.

Sintéticamente, para Weber (1982: 94 y 307) el líder, representado primero por el jefe de la mayoría parlamentaria producto de la socialización partidaria y prototipo del demagogo de masas, y

²⁴ Para Fabbrini (2009), en el contexto político europeo actual, se observa una norteamericanización de los poderes ejecutivos que hace más difusa la diferencia entre el presidencialismo y el parlamentarismo.

²⁵ No podemos desarrollar aquí las influencias recíprocas entre estas concepciones acerca del liderazgo, o más precisamente, acerca de las presidencias plebiscitarias, no sólo porque Carl Schmitt hace explícita su apropiación crítica de los planteos weberianos, sino también porque es Fabbrini quien refleja en sus planteos las preocupaciones schmittianas y el abordaje y compromiso político weberiano. Quien se ocupa específicamente de esta cuestión es Pinto (2002).



luego, por el presidente plebiscitario del Reich consagrado en la Constitución de Weimar, es quien transmuta los valores para fundar un nuevo orden. Esta figura, inspirada en el carisma profético de origen religioso, es la encarnación personal de un nuevo comienzo cada vez más necesario en sociedades sometidas al letargo de la dominación burocrática. Su *élan vital* está tan personalmente arraigado, que siempre se corre el riesgo de que se pierda con la desaparición física de su portador. A principios de la década de 1930, Carl Schmitt (2003:305) se apropió del problema weberiano de la rutinización del carisma e intentó encarnar en el presidente plebiscitario de la República de Weimar no solamente las facultades extraordinarias otorgadas al poder ejecutivo por la Constitución sino también la sabiduría prudencial de conservar la institucionalidad vigente. El presidente schmittiano, al menos en esta formulación, es un líder que, con mayores o menos cualidades personales, se mimetiza con el carisma del cargo para mantener la continuidad de un Estado y un régimen político, desestabilizado por permanentes crisis de legitimidad. Fabbrini (2009: 208-9) encuentra en la figura del presidente retórico no sólo a ese nuevo príncipe contemporáneo capaz de interpelar directamente a la ciudadanía a través de los medios masivos de comunicación, sino también una figura personal que funda, refunda o mantiene la dinámica de un proceso político según el contexto lo requiera. Pero el modo en que realice esa tarea depende de su relación no sólo con las mayorías legislativas sino con el partido o coalición política que ha permitido su llegada al poder.

En términos generales, el contexto de las tres presidencias de Alfonsín y los Kirchner se corresponde con el momento de la presidencia retórica de Fabbrini. Sin embargo, si nos permitimos abstraer algunos elementos particulares del tiempo histórico en el cual los otros tipos de liderazgo fueron conceptualizados, se pueden identificar rasgos de los tres tipos que permiten caracterizar los estilos políticos alfonsinistas y kirchneristas. Por ejemplo, tanto Raúl Alfonsín como Néstor Kirchner asumen el compromiso de cambiar los valores preexistentes, mientras que Cristina Fernández, al menos en su primer mandato, se postula como la continuadora y hasta institucionalizadora de un cambio que recién estaba comenzando (Rodríguez, 2010: 78-82). Una vez fallecido Néstor Kirchner, la tensión entre carisma, fundación e institución se reactualiza. Y así se pone en cuestión la posibilidad misma de que el legado de este proceso político pueda tener una encarnación que no sea personal o, en el mejor de los casos, si puede haber una idea personalizada (“el proyecto” o “el modelo”) que, sin dejar de remitir a la trayectoria personal de un individuo, tenga cierta autonomía relativa. A su vez, mientras que Alfonsín y Cristina Fernández se apoyan en sus capacidades oratorias que, si bien son un signo de distinción personal, por momentos se tornan excesivas, Kirchner, sin contar con esas cualidades, basó sus intervenciones en una puesta en escena que hacía de sus “defectos personales” (desalineo, dificultades de dicción, estrabismo) virtudes en términos de comunicación política. Pero en términos de presidencias retóricas, lo que resulta más significativo para este trabajo es que Alfonsín construye su poder desde el partido hacia el gobierno y Néstor y Cristina Kirchner, no sin diferencias, lo hacen desde el gobierno hacia el partido. Aunque los tres son sujetos políticos socializados en una cultura partidaria, las particularidades de la institucionalización de la UCR en los años 1970 y 1980 y del PJ en las décadas de 1990 y 2000, además de las diferencias históricas entre estos dos partidos, explican por qué estamos frente a un liderazgo alfonsinista que puede caracterizarse como “de creación externa”, y otro kirchnerista “de creación interna” (Duverger, 1957).

Si bien estas estrategias se observan también en el plano de las políticas públicas y en el armado de coaliciones políticas para conseguir apoyo electoral o corporativo a sus respectivas gestiones, es sintomático detenerse en dos intervenciones discursivas que se transformaron en emblemáticas para el alfonsinismo y para el kirchnerismo como momentos y proyectos políticos: “El discurso de Parque Norte” (1 de Diciembre de 1985) y el “Discurso de Asunción de Néstor Kirchner” (25 de Mayo de 2003). Ambos pertenecen al género de los discursos presidenciales, y aunque sean un subgénero



diferente, ya que uno es un discurso programático en una reunión partidaria y el otro inaugura una gestión, en los dos casos se establece con claridad el posicionamiento que estos liderazgos adoptan dentro de un espacio político y el modo en que este último es representado por cada uno. Aunque resulte paradójico, en ambas intervenciones aparecen temas como las esperanzas fundacionales²⁶, la importancia de la modernización de la gestión y, sobre todo, la reivindicación del pluralismo democrático, sin renunciar a la pretensión de unidad del radicalismo yrigoyenista y del peronismo, con mayor o menor énfasis en la pretensión de encarnar, en la UCR renovada o en el nuevo liderazgo presidencial, un tercer movimiento histórico que concilie, al subordinarlos, los antagonismos. Estos pasajes, el primero perteneciente al referido discurso de Alfonsín y el otro correspondiente al discurso de asunción de Kirchner, ejemplifican el argumento principal del nuestro planteo: “Puede decirse que todos los intentos de revivir la democracia habidos hasta el último medio siglo han fracasado, en gran medida porque se encaraba la tarea como un modo de manipular situaciones objetivas. [...] Luchar por la democracia era luchar contra “otros”. El enemigo estaba afuera y nunca dentro de nosotros. [...] Estemos dispuestos a marchar juntos. Debemos lograr unir lo desunido. [...] En cuanto nosotros, los radicales, debemos comprender que es necesario estar a la altura de esta misión, poner al servicio de las demandas y urgencias del país nuestra fuerza histórica, seguros de que al hacerlo comenzamos a solucionar esas demandas y esas urgencias y evitamos quedar cautivos de una argentina veja” (Aznar, 1986: 20 y 40).

“Es que nos planteamos construir prácticas colectivas de cooperación que superen los discursos individuales de oposición. En los países civilizados con democracias de fuerte intensidad, los adversarios discuten y disienten cooperando. Por eso los convocamos a inventar el futuro. Venimos desde el Sur del mundo y queremos fijar, junto a todos los argentinos, prioridades nacionales y construir políticas de Estado a largo plazo, para de esa manera crear futuro y generar tranquilidad. Sabemos adónde vamos y sabemos adónde no queremos ir o volver. [...] Por mandato popular, por comprensión histórica y por decisión política ésta es la oportunidad de la transformación, del cambio cultural y moral que demanda la hora. Cambio es el nombre del futuro”²⁷.

Así pues, con la clara asunción de un rol providencial en la política que se viene, hay en ambos discursos una invitación al compromiso colectivo y una comprensión novedosamente plural de la política democrática, sin que ello implique una renuncia total a dispositivos discursivos que colocan al adversario (el peronismo para Alfonsín, “los noventa” para los Kirchner) en la frontera misma de aquello que el espacio político recién fundado viene a dejar atrás (Aboy, 2010: 79).

En el caso de Cristina Fernández, más que en sus discursos de asunción o en sus prolíficas intervenciones discursivas durante el ejercicio de sus casi seis años como presidenta, vale la pena detenerse en el cierre de campaña del año 2007 y en el discurso tras el triunfo en las elecciones de octubre de 2011, porque en ambos casos se manifiesta el problema que ocupará los restantes apartados de este ensayo: la proyección o sucesión del liderazgo, primero el de su esposo por ella misma, y luego el suyo propio por la juventud.

Pero permítame decirle [se refiera a NCK, el presidente] que Ud. que les devolvió la Autoestima a los argentinos también acaba de darle un gesto personal político sin precedentes. No es común en los tiempos

²⁶ Aunque en ambos casos es fuerte la idea proyectiva hacia el futuro, en el caso de Alfonsín, la reivindicación de la dimensión ética de la democracia y del rol de los partidos políticos es central, mientras que Kirchner plantea el núcleo argumental en la recuperación de las capacidades del Estado y la gobernabilidad. Para análisis de todas las dimensiones del “Discurso de Parque Norte”, véase Azar (1986). Para un estudio del kirchnerismo desde el análisis del discurso político en sentido estricto, ver Montero (2009).

²⁷ Compilación y procesamiento propio con el programa NVivo de 892 discursos de Néstor Kirchner (25 de mayo de 2003 al 9 de diciembre de 2007), tomados del sitio www.presidencia.gov.ar



que corren, ni Argentina ni en el mundo, que alguien con más del 70% de Opinión Positiva, con más del 50% de intención de voto y con las posibilidades de seguir, decida no hacerlo. [...] Y Ud. presidente decirle que los argentinos no lo van a olvidar, lo único que espero, y permítame ese ejercicio de egoísmo personal [...] que no lo extrañen demasiado. (Gullo y Fava: 2019: 35 y 37)

Agradecer el acompañamiento de todos los hombres y mujeres y de todos estos jóvenes, miles y miles de jóvenes que se han incorporado masivamente a la política (...) Pero quiero agradecerle a alguien que ya no me puede llamar más, pero que es el gran fundador de la victoria de esta noche. Porque, yo no me la creo, nunca me la creí ni pienso hacerlo. Sin él, sin su inconmensurable valentía y coraje, porque ahora cuando todo cambió y cuando el mundo está patas para arriba, y cuando las cosas se comprobaron que realmente muchas de las que decíamos teníamos razón nosotros, es fácil. (CFK, 23 de octubre 2011)²⁸

Históricamente el problema de la sucesión ha incidido en las sucesivas crisis de legitimidad del sistema político argentino. A diferencia de otros momentos del proceso político inaugurado en 1983, los liderazgos alfonsinista y kichneristas han ungido, en el discurso y, a través de la asignación de cargos de gestión, a sus herederos: las juventudes políticas representadas por La Coordinadora y La Cámpora. ¿Pero quiénes son estos jóvenes que encarnan las esperanzas renovadas? ¿Cómo se relacionan con estos liderazgos y con el rol simbólico y gubernamental que cada uno de ellos les ha asignado? ¿Hasta qué punto las características del espacio político en el que el alfonsinismo y el kichnerismo han definido su pertenencia coloca a dos grupos pertenecientes a generaciones y culturas políticas diferentes frente a similares dilemas?

III. La Coordinadora y La Cámpora: elementos para una comparación

Antes de ocuparnos de los herederos de Alfonsín y de los Kirchner, es necesario realizar dos aclaraciones preliminares. En primer lugar, cuando Altamirano (1986: 295-7) eligió a La Coordinadora como objeto de indagación para comprender los primeros años de la democracia argentina, se permitió reflexionar sobre un grupo político que le era contemporáneo. Nuestro objetivo es el mismo, por eso hemos adoptado en esta sección un tomo similar al de ese ensayo y replicaremos algunos de sus interrogantes claves. Se trata, entonces, de una primera aproximación a un trabajo de más largo alcance sobre las sociabilidades políticas de estas dos juventudes, La Coordinadora y La Cámpora, cuya comparación se profundizará a medida que avance un trabajo de campo en proyecto. En segundo término, nuestro interés no está puesto en la juventud como categoría sociológica o en las experiencias de subjetivación política juvenil en la Argentina reciente (Bonvillani, Palermo, Vázquez, Vomaro, 2008), sino más bien en el impacto de dos juventudes políticas, La Coordinadora y La Cámpora, que con una fuerte identificación generacional, influyen en las representaciones de la política democrática, en la estabilidad del régimen, en la gobernabilidad y en las políticas y estilos de gestión del alfonsinismo y el kichnerismo.

Entre los diversos grupos y juventudes políticas asociadas a estos liderazgos, elegimos a La Coordinadora y a La Cámpora porque estas dos sociabilidades políticas juveniles son representativas del proceso político que comienza con la transición democrática en 1983, incluso más allá de sus características o estrategias. Hay tres preguntas que resultan relevantes para acercarnos a una comparación entre estas dos juventudes, cuyas similitudes exceden la malicia periodística o la conciencia de los miembros de cada uno de otros grupos de las potencialidades y limitaciones de una comparación²⁹: ¿cuáles fueron las condiciones de su formación y los elementos simbólicos que

²⁸ Compilación y procesamiento propio con el programa NVivo de discursos 782 (desde hasta 27-10-2007 al 12-10-2012) de Cristina Fernández, tomados del sitio www.presidencia.gov.ar

²⁹ En la entrevista que le realiza Muiño (2011: 407), Marcelo Stubrin deja en claro una posición crítica de la juventud identificada con el kirchnerismo que, a su juicio, desvaloriza el rol de quienes participaron en las



concedieron unidad al grupo original? ¿En qué circunstancias expandieron sus bases y posiciones políticas? ¿Qué cargos ocuparon en sus gobiernos y qué efectos tuvo esta situación en la cohesión interna de los grupos y la capacidad de hacerse cargo de sus respectivas herencias?

La Coordinadora surge en el contexto político del derrocamiento de Arturo Illia, al cual muchos de sus referentes consideraban, en contraposición al gobierno de Arturo Frondizi, el mejor gobierno radical desde Yrigoyen (Altamirano 1986: 298). La Cámpora, en cambio, es un emergente de la crisis del 2001 (De Marco, 2012: 19). En el primer caso, un grupo de jóvenes, algunos con militancia secundaria o universitaria³⁰, otros algo mayores que ejercieron funciones de asesoramiento o gestión entre 1963 y 1966, y algunos activistas más orgánicos de la UCR, se reunieron en noviembre de 1968 en una quinta, en Set bal, provincia de Santa Fe. La mayoría de ellos provenía de familias radicales.  se fue el origen del grupo fundador, entre cuyos referentes se encontraban Luis Cáceres, Leopoldo Moreau, Federico Storani, Enrique Nosiglia, Marcelo Sturbin, Víctor de Martino, Sergio Karakachoff, Mario Losada, Ramón Mestre entre otros. El objetivo era darle organicidad al sector juvenil de la UCR y el proyecto terminó institucionalizándose formalmente en 1983, cuando Jesús Rodríguez, un dirigente af n pero no parte del grupo fundador por edad, es nombrado presidente de la Juventud Radical. Es en ese mismo momento cuando La Coordinadora Nacional de la Juventud Radical se disuelve, y coincide con el fin de un período en el que había logrado acumular poder dentro del partido y había consolidado su presencia en la Universidad, monopolizando el control de la agrupación Franja Morada³¹. A partir de entonces, La Coordinadora comenzó a cosechar los frutos de esa estrategia, accediendo paulatinamente a cargos públicos más relevantes durante el gobierno de Raúl Ricardo Alfonsín y representando, para la sociedad, especialmente entre 1985 y 1989, la encarnación simbólica de su herencia.

La Cámpora, por su parte, se empieza a estructurar promediando el gobierno de Néstor Kirchner³², agrupando a jóvenes que, con excepción de Máximo, el hijo del ex presidente, que según el mito fundante nomin  al grupo, compartían una sociabilidad proveniente de la militancia universitaria³³ y/o de su participación en HIJOS, organización de derechos humanos que agrupa a los descendientes de detenidos desaparecidos durante la última dictadura militar. Al grupo fundador formado por Eduardo de De Pedro, Juan Cabandi , Ivan Heyn, Mariano Recalde y Norberto Berner, se irían incorporando otros referentes, como Andrés Larroque, José María Ottavis, Mayra

luchas de la construcción democrática y las vicisitudes de la transición como los alfonsinistas y la renovación peronista. Para este político radical la juventud kirchnerista queda atrapada en el binarismo político (ellos o nosotros), instalado por Kirchner en la batalla con el Campo y con el conglomerado periodístico identificado con el grupo *Clarín*.

En el artículo “La Cámpora vs. La Coordinadora: demonios de hoy y ayer” publicado en *La Nación*, 30-9-2011, tanto los kirchneristas como los alfonsinistas rechazan cualquier asimilación entre los coordinadores y los camporistas, aunque Leopoldo Moreau afirma “Ellos son hijos de la democracia; nosotros tuvimos que desarrollar la militancia con gobiernos autoritarios. Eso no los hace ni mejores ni peores.”

³⁰ Especialmente, que reivindicaron la educación laica y pública contra la reforma educativa de Frondizi.

³¹ La Franja Morada era una agrupación de organizaciones estudiantiles de orientación reformista que congregaba a varios partidos. Paulatinamente la Juventud Radical alcanzó el predominio dentro de ella.

³² Entre 2006 y 2008 se puede hablar de etapa formativa; de 2008 a 2010 (teniendo como referencia el Acto de Luna Park del 14 de septiembre donde Kirchner iba a hablar antes los jóvenes pero no pudo hacerlo por problemas de salud y su muerte el 27 de octubre) como etapa de organización, visibilización y movilización; y de 2010 en adelante como consolidación.

³³ Como Tontos pero no tanto (INT) en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA y Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) en la Facultad de Derecho de la misma universidad. En 2001, Ivan Heyn asume como presidente de la Federación Universitaria de Buenos Aires. Otros militaron o fueron cercanos al MATE, organización de izquierda independiente de la Facultad de Ciencias Sociales.



Mendoza³⁴, Julián Álvarez, Santiago Álvarez o Axel Kicillof. Entre ellos hay hijos (generacional y biológicamente hablando) de los militantes de la década del 1970, y otros que, aunque también se identifican con esa herencia simbólica, provienen de familias vinculadas con la militancia partidaria de izquierda, o se sienten próximos a los valores del progresismo y de la izquierda cultural. Pocos tienen padres o madres con militancia orgánica en el Justicialismo. Algunos de ellos cuentan con padres que tuvieron una actividad previa en la organización Montoneros y que luego fueron funcionarios o activistas del partido Justicialista en los gobiernos peronistas posteriores a 1983. Otros son hijos de dirigentes políticos que están próximos al sindicalismo, especialmente a aquellos sindicatos que no renunciaron a la identidad peronista y tuvieron una actitud más crítica respecto de las reformas de mercado de los 1990.

En el plano simbólico, la Junta Coordinadora Nacional se distingue de otras juventudes de la década de 1960 y 1970 por su compromiso con la democracia y las instituciones del Estado de Derecho. Quieren superar las antinomias entre el radicalismo y el peronismo, reconociendo que ambas son fuerzas populares. Pero para ellos, el medio para lograr el cambio social son las elecciones libres sin proscripciones. Este descubrimiento temprano del valor de la democracia liberal, aunque no es totalmente una ilusión retrospectiva de estos jóvenes radicales, no debe eclipsar que uno de los textos que más los identifica, redactado originalmente en 1973 y reeditado en 1984, entendía que la política argentina estaba estructurada por una contradicción fundamental: “la causa frente al régimen, la democracia o la dictadura militar, la justicia social o las minorías privilegiadas, liberación o dependencia, pueblo o antipueblo” (Junta Coordinadora Nacional, Juventud Radical, 1984:3). La Cámpora, aunque surge en un contexto totalmente diferente, tanto en lo que respecta a la sociabilidad juvenil como al proceso político, sostiene su mito fundante en una reivindicación de la militancia en la Juventud Peronista (JP) de los años 70, y más específicamente en la breve “primavera camporista”. Se trata, por cierto, de un momento muy especial, en el que parte de la Juventud Radical vinculada con la Coordinadora coincidió con la JP en las Juventudes Argentinas, aunque ese vínculo se fue desvirtuando (según los jóvenes coordinadores) por las actitudes “invasivas y autoritarias” de los peronistas, que querían encuadrarlos (Muiño, 2011: 269) o someterlos, como fue el caso de la Juventud Radical Revolucionaria, que terminó integrada a Montoneros. Los jóvenes camporistas de hoy reivindican la heroicidad y el sacrificio de esa militancia setentista, e incluso pretenden imitar, con relativo pero algo anacrónico éxito, la disciplina simbólica de aquellas organizaciones. Sin embargo, sus referentes más directos son dos políticos (Néstor y Cristina Kirchner) que, si bien por su biografía personal y decisión política se emparentan con esa “generación diezmada”, gobiernan una sociedad muy distinta y están muy lejos de tener como fin último la patria socialista. Aunque no pueda decirse que La Cámpora cuente con algo así como un “manifiesto liminar”, éste se expresa en lo que el grupo mismo identifica como el “relato del kirchnerismo” (Volnovich, Fernández Zelzer, Rodríguez Alberti, 2011). Y lo singular es que aquí no hay una reinterpretación propia del pasado, el presente y el futuro, sino más bien una compilación de citas de discursos presidenciales para componer el rompecabezas del modelo bicentenario.

La manera en que estos dos grupos juveniles ampliaron sus bases políticas también es muy distinta. Mientras que La Junta Coordinadora Nacional inició su acumulación de poder en los centros de estudiantes universitarios y en el partido radical, acompañando tanto en la derrota de 1972 como en el triunfo de 1982 al movimiento Renovación y Cambio liderado por Raúl Alfonsín, La Cámpora se estructura a partir de su relación con un liderazgo en el gobierno y es allí desde donde se proyecta

³⁴ Ottavis provenía del duhaldismo bonaerense y su pareja Mendoza, de familia radical, empezó su actividad política con las hijas de Leopoldo Moreau (De Marco, 2012: 129-31). No es el único caso de ex militantes juveniles radicales o de Franja Morada que se integran a La Cámpora, es una situación bastante común entre cuadros políticos provinciales y funcionarios segunda o tercera línea en el gobierno nacional.



a la militancia universitaria y territorial, aunque no tanto hacia la integración de la estructura partidaria formal del PJ. Teniendo en cuenta las diferencias organizativas, históricas e institucionales entre la UCR y el PJ, adaptando la terminología de Duverger (1957), podría decirse que mientras La Coordinadora es un grupo político juvenil de creación externa, La Cámpora es uno de creación interna. Aunque ambos grupos se apoyaron en y apoyaron a un nuevo liderazgo, introduciendo una reactivación de la movilización y la participación política juvenil, el desembarco de La Cámpora en las universidades fue más tardío y no ha alcanzado la hegemonía que tuvo la Franja Morada en su época dorada, es decir, la década de los 1980 y principios de la década del 1990. Si bien La Coordinadora comenzó su expansión durante la década del 1970, se consolidó en la década de 1980, cuando el alfonsinismo controlaba el gobierno y el partido. Es el momento de la primavera alfonsinista, y su esperanzado impulso democratizador. Pero incluso cuando el gobierno pierde legitimidad electoral, los grupos juveniles formados al calor del gesto fundacional de los coordinadores, siguen manteniendo poder en la política universitaria, tanto a nivel institucional en cargos de gestión como en algunos centros de estudiantes. Si bien su instancia fundacional remite a la segunda mitad del gobierno de Néstor Kirchner, es entre el conflicto del gobierno de Cristina Fernández con el sector agropecuario y el fallecimiento del ex presidente cuando La Cámpora empieza a operar como un referente identitario con el cual se asocia a las juventudes kirchneristas reconciliadas con la política, por más que otras organizaciones conserven su autonomía organizativa y respondan a diferentes actores políticos del grupo gobernante. Con las elecciones de octubre de 2011, cuando Cristina Fernández de Kirchner es reelecta por el 54%, La Cámpora se instala en el imaginario político como un actor que viene a disputar en diferentes escenarios. Por un lado, sus referentes se posicionan por decisión de la Presidenta, como candidatos a cargos electivos, desplazando a sectores más tradicionales del PJ, identificados tanto con los caudillos locales como con los dirigentes sindicales que esperaban recuperar, al menos en parte, el tercio sindical perdido en los años 1980. Por el otro, en este clima electoral favorable, el sintagma “La Cámpora” pasa a un ser sinónimo de la identidad política juvenil que se siente, orgánicamente o no, próxima al kirchnerismo.

Aunque formalmente disuelta cuando Alfonsín alcanza la presidencia, los referentes de La Coordinadora acceden en ese momento a posiciones en el partido y en el gobierno. En los primeros dos años ocupan bancas en la Cámara de diputados y ejercen funciones en el bloque o la estructura funcional del Congreso (Moreau, Sturbin, Federico Storani, entre otros). Aníbal Reynaldo, presidente de la Franja Morada de Rosario entre 1971 y 1972, tiene un muy buen desempeño en las elecciones para gobernador de Santa Fe en 1983. También Ramón Mestre, según algunos testimonios, partícipe del grupo fundador, alcanza la intendencia de la provincia de Córdoba. Aunque al principio de su gobierno, el presidente Alfonsín recurre a figuras tradicionales del partido, a medida que pasan los años los cuadros relacionados con la juventud radical, por un lado, y una tecnocracia algo más independiente, por el otro, empiezan a escalar posiciones en el gobierno. Ya para 1986 el ministro de Obras Públicas, varios subsecretarios y el intendente de la Ciudad de Buenos Aires, entonces designado por el presidente, son políticos con cercanía al grupo fundante o las ramificaciones de La Coordinadora. Mientras tanto, Enrique Nosiglia se convierte en un importante operador político del presidente, y su ascenso de subsecretario de Acción Social a Ministro del Interior (1987-89) no hace sino formalizar y visibilizar esa posición. Lo mismo que la designación de un “nosiglista”, Carlos Becerra, en la Secretaría General de la Presidencia. A su vez, cuando la gobernabilidad entra en jaque en el contexto de la crisis hiperinflacionaria, Jesús Rodríguez asumirá el ministerio de Economía (15/07/1989 al 8/08/1989). Paralelamente al escalamiento de posiciones de poder en el partido y el gobierno, se produjo una división en al menos tres líneas internas de coordinadores o ex miembros de la coordinadora: los que responden a Cáceres, a Nosiglia y a Storani. Y, dado su vínculo estrecho con el presidente Alfonsín, aunque eso no significó la hegemonía del grupo en el gobierno (Altamirano 1986:330), se instaló en el imaginario social, reforzado por la interpretación periodística



de que estos jóvenes “iban por todo”, que eran los herederos de Alfonsín. La presencia de esta juvenilia en el gobierno puede ser vista de manera positiva, como vientos de renovación y cambio, pero también fue objeto de críticas y apelativos que expresaron, con intención denigratoria, cierto antisemitismo latente en la sociedad argentina, como la “sinagoga radical” (Muiño, 2011: 371)³⁵, y otros que reflejaron el desprecio generacional e ideológico por este grupo político, como “la pendejocracia” o “los montoneros de Alfonsín” (Fernández, 2010:3).

Es a partir del año 2009 cuando se nota más la presencia de La Cámpora en el gobierno kirchnerista. Sus referentes empiezan a desempeñarse en ámbitos como la Subsecretaría para la Reforma Institucional y Fortalecimiento de la Democracia, la recientemente estatizada Aerolíneas Argentinas, la Corporación Puerto Madero, aunque ya desde antes un miembro del grupo fundador era legislador porteño y otros trabajaban como asesores en gabinetes ministeriales. Más tarde llegarían a cargos en el directorio de Siderar o ALUAR, la Jefatura de Gabinete, la Secretaría de Comunicación y el sistema de medios públicos. Desde diciembre de 2011 un camporista asume el cargo de Secretario de Justicia. En la disputa electoral de 2011 lograron, con el apoyo de la Presidencia y sus operadores, lugares elegibles en las listas de diputados nacionales³⁶, aunque fracasaron en la mayoría de los intentos por imponer candidatos apoyados por el grupo fundador en los poderes ejecutivos del nivel sub-provincial³⁷. Con la reelección de Cristina Fernández se sumó la Secretaría de Política Económica y Planificación del Desarrollo, que en los hechos funciona como un Viceministerio de Economía, e importantes subsecretarías del mismo ministerio, además de la Secretaría de Relaciones Económicas internacionales y varias subsecretarías y direcciones de la Cancillería. Esta situación se repite con mayor o menor énfasis en casi todas las áreas dependientes del Poder Ejecutivo. Los cargos más importantes son ocupados por referentes de grupo fundador que, además, comienzan paulatinamente a designar a sus allegados (sean o no cuadros orgánicos de La Cámpora, pero que por prestación de epíteto son considerados como tales) en distintos puestos de la Administración Pública Nacional y provincial, desde el nivel de Director General en adelante, e incluso en alguna embajada con trascendencia geopolítica. Aunque La Cámpora no alcanzó todavía la titularidad de un Ministerio, su peso en la gestión de Cristina Fernández radica no sólo en su presencia real en la estructura del gobierno, sino en la virtualidad espectral de su penetración, que es percibida como una amenaza, tanto por cuadros políticos de otras proveniencias como por los sectores relativamente profesionalizados de las burocracias estatales.

Los desafíos que los coordinadores enfrentaron al transformarse en parte del partido de gobierno y del gobierno afectaron tanto su bagaje ideológico como la dimensión relacional y simbólica de esta sociabilidad juvenil. Aunque seguramente no lograron que su gestión de la democracia estuviera a la altura de su mito fundante y sus esperanzas fundacionales, su desenlace no

³⁵ En la columna “Axel Kicillof, el marxista que desplazó a Boudou”, Carlos Pagni hacía referencia explícita no sólo al origen judío del viceministro de Economía sino también se le adjudicaba una genealogía, que resultó falsa, que remitía a un rabino legendario de Odessa. *La Nación*, 12-03-2013.

³⁶ Esta situación parece repetirse en la distribución de cargos en las listas del Frente para la Victoria para las elecciones legislativas del 2013: a pesar de la mayor presencia relativa de referentes de los intendentes en la lista de la provincia de Buenos Aires, La Cámpora predomina ante el resto de los grupos referenciados con Unidos y Organizados, la sigla con la que se pretende congrega la pluralidad de la militancia kirchnerista que no participa de la estructura institucional y para-institucional del PJ. “El efecto Massa le restó lugares a la militancia K”, *La Nación*, 30 de Junio de 2013.

³⁷ Cuando es electo Diego Mansilla como intendente de Las Parejas, provincia de Santa Fe, el 4-11-2012 es presentado mediáticamente como el primer triunfo de La Cámpora a nivel municipal. Mansilla, militante de esta juventud política, es hijo del intendente histórico de la localidad, cuyo fallecimiento deriva en la convocatoria a elecciones municipales que son ganadas por su heredero.



fué independiente de la suerte del líder y el gobierno que acompañaron. Los herederos de Alfonsín no pudieron prolongar su proyecto político en la gestión de gobierno, pero retuvieron incluso veinte años después del fin de la transición, puestos de poder en la UCR y en algunas burocracias públicas y privadas. Actualmente controlan o participan en la gestión de algunas facultades y universidades nacionales, e incluso algunos no han desaparecido como figuras personales del espacio político. Pero los Coordinadores no sólo no terminaron de encarnar el cambio generacional sino tampoco lograron proyectar ese legado en las juventudes radicales que los sucedieron. Por ende, aunque, con vaivenes, su idea democrática se impuso socialmente, fueron una promesa incumplida. Las lecciones de esta experiencia son aun más vastas que las que Altamirano (1986:332) advertía casi con clarividencia en la década de 1980. En la historia del peronismo en el gobierno, la confianza que Cristina Fernández ha depositado en la juventud kirchnerista, identificada sinécdoquicamente con La Cámpora, es, cuanto menos, poco habitual. Por ello, La Coordinadora es un espejo que, aunque su vidrio sea mucho más esmerilado que el diáfano cristal de la juventud revolucionaria, refleja los futuros posibles de los jóvenes que participan de la gestión de los Kirchner como funcionarios de gobierno, militantes orgánicos, o actores políticos movilizados.  Podr n proyectar el legado político del kirchnerismo tras doce años de ejercicio del poder ejecutivo?  Sobrevivir n personal o colectivamente a una eventual alternancia el gobierno?  Qu  impacto tendrá su relativo éxito a fracaso en el proceso político y en la política democrática por venir?

IV. Entre el gobierno de la democracia y la administración de la contradicción fundamental

Aunque nada sobreviviera a la época de las revoluciones democráticas, acaso
nuestros descendientes recuerden, al menos, que las instituciones sociales pueden ser
vistas como instrumentos de cooperación antes que como intentos de concretar un
orden universal y ahistórico
Richard Rorty

El liderazgo es por definición una relación social que se expresa en los planos políticos y simbólicos. Para comprenderla la mirada puede estar focalizada no sólo en la figura de los líderes, sino también en quiénes se identifican o se asocian a él en un determinado momento político. Por eso, nuestra indagación se orienta hacia ese aspecto comúnmente soslayado o trivializado del liderazgo político, que apunta no sólo al séquito que lo acompaña, sino a aquella parte de este último que se dispone y es dispuesta como tributario de esa herencia. Y cuando ese legado se proyecta en representaciones políticas que impactan en la legitimidad e institucionalidad de un régimen, sus consecuencias exceden a quienes se consideran militantes o simpatizantes de un partido o proyecto político. Es en tal sentido que puede afirmarse que la proyección política de La Coordinadora y de La Cámpora trasciende el destino político colectivo o individual de sus miembros. Y esto es así porque estas dos juventudes políticas, con sus claroscuros, son más representativas del tiempo político inaugurado en 1983, que la juvenilia revolucionaria de la década de 1970 con la que se encuentran fraternal y filialmente unidos hasta por lazos de sangre³⁸.

En *Economía y Sociedad*, Weber (1992: 216 y 218) plantea que el principio de legitimidad carismático, interpretado según su sentido originario de modo autoritario, puede ser reinterpretado de manera anti-autoritaria, una vez que, como consecuencia de la racionalización de las relaciones de asociación, su fundamento de legitimidad radica en el reconocimiento y consentimiento de los gobernados. Sin embargo si el carisma se democratiza y racionaliza al elegirse no sólo el jefe sino

³⁸ Así como en las filas de La Cámpora militan hijos de desaparecidos, hay miembros del grupo fundador de La Coordinadora con hermanos, primos y amigos cercanos que fueron víctimas del genocidio implementado por la última dictadura militar.



también al cuerpo administrativo que lo acompaña, es función del liderazgo en una democracia plebiscitaria resistir a aquellos efectos de la racionalidad económica formal que se desvinculan de los principios de justicia material que sustentan no sólo al carisma personal sino sus potencial rutinización. Esta tensión de racionalidades –democrática, burocrática, tecnocrática y económico-instrumental– impactó fuertemente en el ciclo político democrático argentino desde 1983. La dificultad de encontrar un equilibrio prudencial entre ellas limitó y limita la proyección del legado del alfonsinismo y del kichnerismo, particularmente en términos de gobernabilidad y modelos de gestión. En ambos casos existen ciertas similitudes en términos de los condicionamientos materiales y la estructura político-simbólica que afectan el traspasamiento generacional y la rutinización del carisma fundacional en alguna forma de institucionalidad. Sin embargo, es preciso recordar que si bien la juventud política identificada con La Coordinadora se encontró con y encontró en Raúl Alfonsín un político con el cual compartían un horizonte de sentido y expectativas, su existencia como sociabilidad política era previa. Por el contrario, a pesar de la mayor o menor experiencia de sus referentes en la militancia estudiantil, de los derechos humanos o de los movimientos sociales críticos de las políticas públicas y de la política partidaria que eclosionaron en torno de la crisis del 2001³⁹, La Cámpora no existía como colectivo previo a su relación con Néstor y Cristina Kirchner. Y esta última particularidad no es ajena al modo como estos jóvenes referentes políticos puedan trascender colectiva e individualmente en la política argentina de los próximos años. Por consiguiente, para ellos resulta aún más importante que en el pasado, que el cambio generacional se produzca antes de que el carisma personal se difumine.

La sociabilidad generacional, especialmente la juvenil, participa activamente del cambio político, tanto en términos conceptuales como institucionales. Tanto en la Argentina como en otras partes del mundo las jóvenes generaciones han participado del proceso político, revolucionando o legitimando órdenes, reinterpretando la herencia de sus predecesores, especialmente de los padres fundadores de una sociedad política, y operando sobre el horizonte de sentido y de expectativas de la praxis política. Sin embargo, tanto en el pasado más lejano como en la historia reciente resulta más sencillo identificarse m ticamente con quienes subvirtieron o pusieron fin a una forma política, y en cierta medida con aquellos que dieron el primer impulso al nuevo régimen, que con quienes tuvieron que legitimarlo o gobernarlo. Tal vez por ello, a pesar sus críticas a la Generación de Mayo, la Generación de 1837 deposita su mirada retrospectiva en ellos y no tanto en sus hermanos mayores de la Generación rivadaviana (Rodríguez, 2010: 67-74). De la misma manera, las juventudes políticas identificadas como herederas del alfonsinismo y el kichnerismo se representan como quienes vienen a reivindicar un pasado cuyos logros quedaron interrumpidos por la violencia política y la incomprensión de su trascendencia histórica. No obstante, tanto La Coordinadora como La Cámpora tienen más en común con los doctrinarios franceses (Rosanvallon, 1985) que tuvieron por misión gobernar la democracia que con los héroes de la revolución, democrática o de otro tipo, de aquí o acull . Y es por ello que su sociabilidad política está atravesada intensamente por la tensión entre la política como instancia singularmente fundante de la acción con sentido y la gestión de las políticas desde instituciones y burocracias estatales concretas.

Producto de una historicidad concreta, el proceso político democrático argentino desde 1983 en adelante ha convivido con problemas en términos de gobernabilidad, continuidad de las políticas públicas y rutinización de los liderazgos. Sin embargo, también en este ciclo político quedó demostrado que el régimen democrático puede ser estable, incluso ante sucesivas crisis económicas y

³⁹ Algunos de los referentes de La Cámpora formaron parte del Movimiento 501 que se oponía a la obligatoriedad del voto en un contexto de crisis de representación; proponía viajar a más de 500 kilómetros del domicilio donde se estaba empadronado para no ser sancionados por no votar.



sociales, y que puede reconstruirse sobre sus cimientos y recuperar sus promesas fundacionales, a pesar de las diferencias ideológico-partidarias o de estilos personales entre quienes controlen en determinado momento las coaliciones de gobierno. Tal vez una de las mayores dificultades políticas ha sido reconocer la singularidad de la democracia que supimos conseguir, que si bien reactualiza de manera persistente antagonismos del pasado y coincide totalmente con el modelo teórico inspirado en el demoliberalismo anglosajón (Strasser, 2012: 30-40, 45)⁴⁰, tiene nuevas fronteras políticas por las que tenemos que aprender a transitar.

⁴⁰ Más allá de la reflexión acerca de los alcances y límites del Estado de Derecho en la Argentina (Strasser, 2013: 40-44), lo original de este texto la crítica a las prácticas políticas de los países “desarrollados” y de las teorías que toman a estos sistemas políticos como modelos de democracias que, según, el autor no son.



Bibliografía

- AAVV. (1984): “La contradicción fundamental” en *Cuadernos de Formación Política* N° 1, Junta Coordinadora Nacional, Juventud Radical, La Plata.
- Aboy Carlés, Gerardo (2010): “Raúl Alfonsín y la fundación de la segunda república”, en Gargarella, Roberto, Murillo, María Victoria y Mario Pecheny, compiladores, *Discutir Alfonsín*, Siglo XXI editores, Buenos Aires.
- Altamirano, Carlos (1987): “La coordinadora: Elementos para una interpretación”, en Portantiero, Juan Carlos y José Nun, compiladores, *Ensayos sobre la transición democrática argentina*, Punto Sur, Buenos Aires.
- Aznar, Luis y otros (1986): *Alfonsín, Discursos sobre el discurso*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Bonvillani, Andrea, Palermo, Alicia, Vázquez, Melina y Pablo Vommaro (2008): “Juventud y política en la Argentina (1968-2008) Hacia la construcción de un estado del arte”, en *Revista Argentina de Sociología*, Año 6, N. 11, Consejo de Profesionales en Sociología, Buenos Aires, pp.44-73.
- Di Marco, Laura (2012): *La Campora. Historia secreta de los herederos de Nestor y Cristina Kirchner*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Duverger, Maurice (1957): *Los partidos polıticos*, FCE, Mexico.
- Fabbrini, Segio (2009): “La norteamericanizacion del ejecutivo en Europa. Un proceso irreversible?”, en *Desarrollo Economico*, Vol 49, No 194, Julio-Septiembre, pp. 203-19.
- Fernandez, Juan Cruz (2010): “La Junta coordinadora nacional: innovaciones discursivas y organizativas en el radicalismo (1968-1983)”, en *V Jornadas de Historia Polıtica*, Universidad Nacional de Mar del Plata, 29 de septiembre al 1 de octubre.
- Grimson, Alejandro (2003): “La nacion despues del deconstructivismo. La experiencia argentina y sus fantasmas” en *Sociedad* N.20/21, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires pp.147-62
- Gullo, Carlo y Julian Fava, compiladores: *Las palabras y los hechos. Discursos de la Sra. Presidenta de la Nacion Cristina Fernandez de Kirchner*, La Campora Filosofıa y Letras, Buenos Aires.
- Lesgart, Cecilia (2002). “Ciencia Polıtica y produccion de la idea de transicion a la democracia. La reorganizacion de un campo de conocimiento” en Fernandez, Arturo (comp.) *La Ciencia Polıtica en la Argentina. Dos siglos de Historia*, Ediciones Biebel, Buenos Aires.
- Montero, Soledad (2009): “Puesta en escena, destinacion y contradestinacion en el discurso kirchnerista (Argentina 2003-7)”, en *Discurso & Sociedad*, Vol. 3 (2), pp. 316-47.
- Muno, Oscar: *La otra juventud. De la insignificancia al poder. Protagonistas y relato de la Junta Coordinadora Nacional de la Juventud Radical (1968-1973)*, Corregidor, Buenos Aires.
- Natanson, Jose (2012): *Por que los jovenes estan volviendo a la polıtica? De los indignados a La Campora*, Random House Mondadori, Buenos Aires.
- Pinto, Julio (2002): “La evolucion del concepto de presidente plebiscitario del Reich de Weber y Schmitt”, en Dotti, Jorge y Julio Pinto, *Carl Schmitt, su epoca y su pensamiento*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Rodriguez, Gabriela (2010): “Una republica en disputa contra sı misma: el legado polıtico e intelectual de nuestros antepasados para la Argentina del Bicentenario”, en *Revista Argentina de Ciencia Polıtica*, N. 13-14, Buenos Aires, EUDEBA, pp.55-91.
- Rodriguez, Gabriela y Pamela Morales (2003): “Diversite et politique dans les rhetoriques presidentielles en Argentine et en France: un Nouveau defi pour la doxa republicaine, N Kirchner (2003-2007), N. Sarkozy (2007-2011)”, en Navet, Georges y Susana Villavicencio, compiladores, *Diversite Culturelle et Figures de l'Heterogeneite*, L'Harmattan, Paris.
- Rorty, Richard (1994): “La prioridad de la democracia sobre la filosofıa” en Gianni Vattimo, *La secularizacion de la filosofıa*, Gedisa, Barcelona.
- Rosanvallon, Pierre (1985) : *Le moment Guizot*, Gallimard, Paris.
- Schmitt, Carl (2003): *Verfassungslehre*, Duncker&Humblot, Berlın.
- Schmitt, Carl (2002): *El Leviathan en la Teorıa del Estado de Thomas Hobbes*, Editorial Struhart, Buenos Aires.
- Strasser, Carlos (2012): “La democracia de la que hablamos. Presente y Futuro, herencia y peligro.”, en *Revista Argentina de Ciencia Polıtica*, N. 15, EUDEBA, Buenos Aires, pp.33-48.
- Volnovich, Luana, Fernandez Zelcer, Federico, Rodriguez Albertı, Martın y otros (2011): *Modelo Bicentenario. El relato del kirchnerismo 2003-2011*, Centros de Estudios Polıticos, La Campora, Buenos Aires.
- Weber, Max (1982): *Escritos Polıticos*, Vol 1 y 2, Folios Ediciones, Mexico D.F.
- Weber, Max (1992): *Economıa y Sociedad*, Fondo de Cultura Economica, Mexico D.F.